

ANTONIO PERÁN ELVIRA

Un poliedro curvilíneo

(LOS CANTARES DE UN CANTAR)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n.º 129—

MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © ANTONIO PERÁN ELVIRA

Directora de la colección: ALICIA ARÉS
Del prólogo © MANUEL FERRERO LÓPEZ DEL MORAL
Del pórtico © ANTONINO NIETO RODRÍGUEZ
Del audio © FABIO ANDRÉS ARCINIEGAS (VOZ DE CARLOS)

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: MAYO 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-41-9
Depósito legal: M-14436-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Trabajo subvencionado con una de las ayudas para iniciativas culturales de la ONCE en su edición de 2023, gracias a la venta de los productos de lotería que tiene autorizados.

*A ti, mujer particular, porque eres tú sin confusión, y
porque sin ti yo andaría confundido.*

P R Ó L O G O

MANUEL FERRERO LÓPEZ DEL MORAL

Allá está el hombre intentando hacer la tarea del Titán. Soporta bajo sus brazos al mismo tiempo el peso y la liberación. Resulta que la grandeza del mundo es demasiada carga para llevarla uno solo y es en la danza, en el abrazo íntimo, en el vaivén oscilatorio del amor... donde uno encuentra la ligereza.

Es una lucha instante a instante por pasar del miedo a lo soñado, donde todo nos hace de espejo y a veces lo más valioso, lo más delicado es aquello que se nos presenta con humildad y cercanía.

El poeta tiene miedo a contar las cosas y hasta pide disculpas cuando trata de diseccionar paso a paso ese ideal universal de mujer perfecta, pero luego bajando a la materia descubre pequeñas pavesas de rutina que encienden el fuego del espíritu. ¿De qué nos sirve un faro idílico si no es capaz de calentar el corazón; si es inasible y doloroso?

El erotismo y el paisaje son en realidad secretos de los misterios de la creación. Haciendo el amor con el alma tal vez no se construyan los universos, pero es el único modo en el que dos personas pueden volverse una sola constelación. El fulgor solo tiene sentido si le da más brillo al ser amado y nos permite al tiempo reconocernos por exactitud tal y como somos.

Solamente se puede ser semilla, flor y fruto, si uno es capaz de mirar a los ojos con la ternura de la propia pequeñez y desde ahí, desde lo minúsculo crecer hasta el tamaño de un gigante.

Las ovejillas del rebaño de la duda se bañan en el río de la certeza y salen limpiatas, no por saberlo todo, sino por

estar gustosas de comprender la verdad, tal como es, sin querer cambiarla. Te quiero mujer concreta, ya que tienes tanto de divino, pues eres fractal de lo que acoge, recibe y contiene.

Nadie dice que sea fácil comprender el lenguaje de los pájaros, pero se aprende mucho más, cuando las manos exploran el cuerpo y el alma. Piel y fuego son el mismo valle y la misma montaña. Un UNO doble que se puede medir y calcular, pues, aunque insondable y más allá, por ser espejo, puede comprenderse.

El poeta trata de saber, qué es la mujer universal y hasta siente cierto pudor y culpa de querer medirla, trazarla, delimitarla, pero es entonces, cuando vuelve sus ojos a lo sencillo, a la mujer concreta. Por fin tras azarosa y dificultosa búsqueda es en lo particular que el universo se expande y la forma se llena de sentido.

Cuando se acerque el lector a estos versos encontrará al rey Salomón convertido en paisano sencillo, uno cualquiera, lleno de luces y sombras, prendado de la belleza de la mujer sin pedestales. Esa compañera que tiene tanto de divinidad cuanto de animalidad cotidiana, hermosa y dispuesta a remangarse para entregarse al momento menos esperado.

En esa situación en la que el verso se siente frágil, lleno de instinto, de naturaleza, de pasión y en esa confidencia, uno encuentra que el misterio de lo cotidiano no es un fuego de artificio, ni el intento, por falsa delicadeza, de someter el alma del ser querido, sino que es la desnudez la que nos arrima al paraíso de lo tangible.

El poeta se comprende incluido en la otra persona, bendito anhelo de guarecerse, de concretar las imágenes celestes, de volar cuando uno toca el suelo, de tratar de no idealizar al ser querido, pero al mismo tiempo asombrarse de su complejidad completa y su belleza sin máscara. Un viaje sensorial hacia el misterio.

P Ó R T I C O

POR ANTONINO NIETO RODRÍGUEZ

Me empapo, me sumerjo, me chupo en él contra el corazón del abismo. el amor, ella, yo...: frutos y aprendizajes al calor del incombustible renacer de la singular respiración que nos da nombre, a todos y a cada uno, en el obediente y limitado techo de la inteligencia, sí, de la baba que nos prescribe vivos: siempre vivos y en reedición permanente.

Digo que Antonio Perán Elvira es, del renglón de la belleza el pulso que adecenta al barro: dibuja a dios, al amor, a lo que aún sin ley es la fuerza que impulsa a lo nacido: al vientre del misterio.

Digo *Un poliedro curvilíneo (Los cantares de un cantar)*: poemario, registro, ser fertilizador en el andamiaje de la voraz eternidad que nos escribe y describe tinta, célula, peso del salón de la memoria en el océano del aquí y el ahora.

Digo fiesta sin límites, este no lugar del quiero, madre de todas las fuentes, encarnada mujer en el deseo expuesta. Todas en una y en esa una, todos... digo, contra toda rendición: *Un poliedro curvilíneo (Los cantares de un cantar)*

En tal *Cantar*, Antonio Perán Elvira hace de la claridad hucha contra el vértigo que escuela a la razón. Apunta, querido lector o lectora:

Tratamiento y dosificación: las cunas del entendimiento.

La consecuencia simple mandíbula del infinito.

Letras, números...: pulmones. reducen lo inextinguible a respiración.

La luz la distancia, la voz de dios lo encerrado, la con-taduría las piernas del infinito, la carne y el hueso lo que de particular perdona lo universal.

El vocabulario, especia. Amplifica el inmasticable sabor de la ventral asfixia del polvo: hombre, mujer, animal, mineral... restos de la arqueológica exactitud que fertiliza al vacío y aún más allá, Antonio Perán Elvira, en este suculento huerto del antes que responde al fotograma del pulso que redime al quiero, programa, para no vencernos nunca, este escenario del alma que dibuja en lo vivo. *Un poliedro curvilíneo* es el dulce sabor del grito vistiendo al deseo y así, sin principio ni final, hace hueco al verbo y se pronuncia beso insaciable del barro.

Y canta, baila, festeja el pulso que le dio el ser. ¿Quién es esa... hermosa, brillante, majestuosa? ¡Es la vida!

Lo vivo en el paladar del quiero, esa económica infinitud del basta, ya sabes, conocerte, distinguírte, conseguírte, conservarte para no tenerte en tu multiplicidad. Ni razones, ni seguridades, ni lo aún sentido configurarán nunca la imperial dentadura del loco, de la palabra, sí, del temblor que, en lo vivo, araña la infinitud del cuánto, del cuento, de la duda que mastica la alegría en su vaciarse, sin tiempo, presente eterno.

Los pies del reloj, la cuota a desterrar del silente carril del después... al sin par vértigo del hoy, los cabellos el plus de la virtud y en ese manantial, qué la elección, el entendimiento, el corazón... el no lugar de la súplica vistiendo al renglón de los pies, sí, otra vez los pies, esa sed... Un múltiplo de mil midiendo con el fuego, ese candil, llámale inteligencia, la pasión que crece en rebeldía. Síntesis de la llama en permanente y celebrada sanación, ya sabes, el amor la escoba y lo alcanzado el remo. Cuota que en lo vivo mastica al creador sin parangón, este festín de la ecuménica transparencia con que Antonio Perán Elvira nos deletrea, sin rendiciones en curso, sueldos al placer adscritos: labios, termómetro, fiebre, manos del futuro, ruta de lo no sabido. Médico, paciente...: la vida desinfectando siempre

el no con el sí y el sí con el no. Torrentes, pasajeros, lenguas del corazón, excavando de lo sin fin el detalle del silencio más disentido. La mentira de que no se puede ser y no morir. La ley, señoras y señores. El guion que encuerpa al todo y a la nada en producción permanente. Flores, colores... rentas que los amores esculpen, victorias contra las pesas de la fantasía.

La cadena el espíritu, el altar el miedo, el dolor el medallón, la fe, la intocable angustia del merecimiento...

En esa consagración la vena de la diversidad, sí, el canto de la Sirena en la vertebral compostura de este todo sin tasas que en su ser se desnuda como *Un poliedro curvilíneo* (*Los cantares de un cantar*). Antonio Perán Elvira disfruta descifrando el solar sueño que lo visible oculta:

¿Dónde pintó el amor una flor en la mar tempestuosa? Llorar es la sed que la risa acuna en su fertilizarse luz. Esto mastica el hambriento. Sin conciencia, a merced dócil con el gusto... y por más verdad que nos empuje, ¡qué poco duele entonces confundirse!

Sí, el sueño de escaparse a bordo de una barca que se escora a babor por dos flechazos... del cuánto, del qué, del somos. Nada que perder. Todo en uno, y, en ese uno, la sangrante profecía de lo escrito:

«Una ribera / acogedora y cóncava / que con succiones huecas / me transporta al origen / de la primera piedra / y a desistir de mi».

Ahí el inmovible pecho del solar del quiero: sin mí, sin mi yo, sin este vientre que me concreta uno... ni dolor ni miseria ni muerte?

«Si te desprendieses del arbitrio / por el que te distingo de las cosas / si fueses animal a todas horas / si solo te empujaran los instintos / serías para mí corriente plácida, / y no tropel de furias despeñándose».

Lo auténtico, una sección del sometimiento y ya, sin

reposo ni medida, Antonio Perán Elvira, nos fortalece apalabrados dueños del rincón del gozo:

«Lo mismo que una lágrima / así, mi amada alumbra también cada jornada / después de que la nada consiga ser la nada / y es que ella es así / que sabe / lo que mide la causa ganada / y el dolor que se pierde en saberlo / y es que ella se siente / con el peso de todos los siglos / y es que ella..., es así...; / y así la quiero».

Y, Antonio Perán Elvira, dibujante de todos los mares que en el barro anidan, confirma lo inabargable de lo que en todos y cada uno crece sin más red que lo que nunca nos fue dado:

«Después de que me enciendes, no cabe que me toques, / porque sería hacerme vivir en el absurdo / de que de mí depende que existan las galaxias».

«Tú, la medalla del cosmos; tú, el oxígeno, la dimensión sin límites; tú, el alma, el placer, el mar, el viento, el éxtasis; tú, la caricia máxima».

Esa frente que protege al grito contra toda interferencia y, feliz, se aloja incrédula en esa postal sin dueño... la apodan destino... es el cerebrado aplauso de la rentual nomenclatura del quiero y sus ojazos. Ahí, en ti, germina tu ser en mí bailamos. Nos conjugamos aplauso, festiva creación del no número y la no letra.

Naufragio, dar cuerda al tiempo, voluntariosa, escribe tu propia historia veloz detrás de ti, lo sabes, por destacar su huella sustantiva, todo es suelo y no es la soledad lo que motiva.

¡Sí!, sí, sí! El disfrute, la condición del barro en su desnudarse abrigo:

«por levantar mis ánimos / contigo tengo lo que más anhelo, / pero, si fueses tú la disyuntiva, / prefiero verte en otro combativa, / a que conmigo te hundas en el hielo... / y es que tus manos / estando o yendo, / tienen la piel exacta

/ de mi universo... / mirar es percibirnos en los demás /
pero también es irse, / si el miedo no nos deja ser... / por
eso, por temer a la serpiente / valoro sobre todo tu entereza /
al enfrentarla hurtando su cabeza / y a sus polluelos
luego de su diente».

La serpiente, el peso de tu entereza, tu entereza, el mar
de barro que sostiene a los besos. A los pasos que te numeran
tuya, esto es, traspasado el umbral, triunfante víctima
sin origen ni principio en el pedestal del horizonte. ¿Vale
todo? ¿sin más ley? toda la carne en esa confluencia?

«yo quiero ser la flor / para que luzcas más... / yo
quiero, como ves, / ser lo que no soy / yo quiero ser la flor,
/ pero, si tú te vas, / ¿me quedará raíz / de la que crezca
amor?... / si nacen pensamientos a tu paso, / por qué será?
/ ¿tendrá algo que ver en el milagro?... / puedes ser como
quieras, / pero soñando. / si renuncias al sueño, / te estás
negando».

A disposición y con la mesa puesta. Así, de antorcha en
antorcha, se desnuda el amor: «casi desconociéndome... y
desenterrando cuentas, voces, muertos... con nombre y
acunándome duda en los estertores de la luz, al borde del
precipicio, aquejado por el vértigo de caer sobre uno
mismo... me rechazo en ti?... tú, mi cómplice?».

La palabra, esa sed que nos pronuncia y mastica, otro
cuento insomne. Ni amanecer ni noche perpetua... disputas
del tiempo en su pletórica fábrica. La vida futura la ternura
de integrarse en el todo convirtiendo las veces en ocasiones
de gozo y el roce en huidas de la sepultura.

El amor, sí, el amor, la mujer, el verso de la indescifrable
necesidad a bocado limpio:

«En ella las mil dimensiones que todo lo contienen. así
te quiero yo -reza Antonio Perán Elvira-: reconocible... por
ser tan solo tú..., sin más aporte... para la risa, besos infinitos...
tu sonrisa, mi dueña».

Para la fértil carcajada de la desmemoria, proclama Antonio Perán Elvira, un tablero de alegría: las armas automáticas de las que dan la vida, multiplicándose, y al ritmo de sus ráfagas.

Así mastica Antonio Perán Elvira: «la necesidad, el pasado de la semilla. lo tuyo reportarte, lo mío descubrirte. al despedirte te quedas en las cosas. yo miro de frente, tú hacia atrás. yo, me confundo con lo prudente. tú siempre estás hí, con lo inmediato, y siempre llegas antes. con todo, recorreremos el mismo puente. yo, midiendo las distancias al otro lado; tú atenta al paisaje de tu rebaño; pero los dos en marcha».

«Mujer universal, perdóname, / por elegir de ti lo singular: / parece que lo mío se resume en resumirte».

Poemario sin techo, poeta sin rejas, luz que el universo abraza... dos en uno. Antonio Perán Elvira y *Un poliedro curvilíneo (los cantares de un cantar)*. Celébrate en ellos, tú que esto lees o masticas, pues tuyo es el manjar y la ofrenda que te empresa vivo. sin más rentas

Madrid, 3 de enero, 2023

Un poliedro curvilíneo

(LOS CANTARES DE UN CANTAR)

A . S .

Mujer universal, perdóname,
si para describirte te pongo carne y hueso.
Entiende que es mi forma de confirmar que estoy,
y la que tengo para advertir al otro.

Perdóname y excúsame por depender del número:
yo solo tengo límites, y todo lo resumo contándolo
(incluso el infinito).

Comprenderás, así, que para hablar del viento me invente el anemómetro;
o que la luz la asocie con la distancia por segundo;
o que la voz de Dios la encierre en un decálogo.

Comprenderás, por tanto, que estés en mi cuaderno
en letras pequeñísimas (y ni siquiera tantas),
sufriendo la angostura de mi vocabulario,
o la apretura propia de los conceptos parcos,
según el diccionario de la Academia misma.

Comprenderás, confío; pero si no me entiendes,
espero que lo imputes a mis limitaciones,
y a que las mismas yerran con consecuencia.

Mujer universal, perdóname,
por elegir de ti lo singular.
Supón que estoy dosificándote
para poder seguir tu tratamiento.

I

CONSIDERACIONES PREVIAS

«¿Quién es ésta que surge como la aurora,
hermosa como la luna, brillante como el sol,
majestuosa como un ejército alineado?».

Cantar de los Cantares 6:10

Para logarte,
sé que he de conocerte y distinguirte...;
he de quererte,
después de conseguirte y conservarte...;
he de elegirte,
sabiendo que encontrarte es no tenerte,
porque te muestras múltiple
y al dibujarte esquiva.

Hay tanta superficie en que mirarme...;
tantas aristas que me dan de lado
por irme de sus caras adyacentes...;
hay tantos ángulos convencionales
y tantos vértices en que se juntan...,
que no me siento yo diferenciándolos
ni mucho menos dándoles un nombre.

¡Y vaya que si dudo!

De tanto que te quiero, dudaría
de todas las razones, por razones;
de mis seguridades,
tan solo porque fueran solo mías;
de lo que siento incluso,
porque, tan interior, es insondable.

Y acabo por creer que solo un loco
depende tanto de lo que prefieres,
teniendo tantas dudas de quién eres...

Y no porque me extrañe lo que toco,
o porque lo cuestione mucho o poco,
sino porque, de todas las mujeres,
eres aquélla cuyos caracteres
describen propiamente lo que evoco,
pero también aquello que revoco
con mis contradictorios menesteres.

Es lo precario de los alfileres...
por lo que tengo, cuando me equivoco,
suelta la duda, por si tú tampoco
te prendes firmemente en lo que quieres.

Por tanto, como digo,
tan solo sé que dudo.
¡Y cómo no, si cuento y no sé cuánto!
¡Si todo lo que sumo me lleva al infinito!

II

LA MUJER QUE PREFIERO

«¡Cautivaste mi corazón, mi hermana-esposa,
cautivaste mi corazón
con una sola de tus miradas,
con una única perla del collar de tu cuello!».

(Cantar de los Cantares 4:9)